

Aquella noche de septiembre no podía conciliar el sueño. Sabía de sobra que pocas oportunidades más me quedaban para poder colgar mi fotografía con la orla de historiador en alguna estantería perdida en casa de mi madre y, siendo además el cincuenta aniversario de la universidad de Córdoba, tenía la vaga esperanza de que también me obsequiaran con una mezquita de marfil. Siendo miércoles el día de tal insomnio, y viernes el día que tenía que acudir al patíbulo para la última recuperación de recuperaciones: «Paleobotánica».

Al no poder dormir, me levanté de la cama y fui hasta la nevera para ver si alguna lata en conserva extraviada me pudiera hacer el efecto de diez valerianas. Al llegar, una nota escrita en arameo por mi compañero de piso después de una salida triunfal por las tabernas de Córdoba yacía sobre la última lata de atún: «*Lo siento mucho, este fin de semana no he podido ir a mi pueblo a por pertrechos*». Abatido, volví a la cama a pensar en aquel examen que decidiría mi vida. Podría haberme levantado para estudiar, no lo niego ni desmiento, pero la mesa donde estaban mis libros y apuntes estaba sepultada por un *Everest* de ropa sucia y botellas vacías, por lo que entendí que tardaría más en despejar la zona que en encontrar los libros. Desechada la idea del estudio nocturno, di vuelta tras vuelta en la cama hasta que mis ojos se cerraron por fin, jurándole al techo de aquella habitación que a la que saliera el sol, yo estaría estudiando Paleobotánica.

Sobre las dos de la tarde del día siguiente amanecí y, con aire decidido aquella mañana de jueves, aparté todo de la mesa con un soberbio empujón y conseguí encontrar mis apuntes de paleobotánica calzando la mesa. «*La paleobotánica es una disciplina y una ciencia...*», comencé la lectura, pero antes de poder continuar con la siguiente frase, la puerta del piso se abrió de par en par y un tropel de pasos, gritos y botellas chocando en el interior de bolsas de plástico inundó mi santuario para el estudio. Salí de mi habitación para ver quién provocaba semejante tropelía, y una decena de individuos, de todos los colores y razas ya habían conquistado el salón y la cocina. Una fiesta *Erasmus* en mi propia casa secundada por mi compañero de piso.

Me apresuré a coger migas de pan del día anterior y como pude las introduje en mis oídos a modo de tapones contra el infernal sonido que desprendían aquellos invasores traídos desde todos los confines de Europa. Decidí hacer caso omiso a aquella verbena y me sumergí de nuevo en el apasionante mundo de la Paleobotánica. Justo antes de

empezar a estudiar en qué estación del año se sembraba la col lombarda en el Paleolítico, me vi envuelto en reyerta dialéctica en aquel salón con un chico polaco, Jodorosky, que me aseguraba haber sobrevivido a la batalla de *Stalingrado*. Después de varias horas rememorando la contienda a orillas del río Volga, conseguí hacerlo entrar en razón con el irrefutable argumento de que, cuando sucedió aquel enfrentamiento, él todavía no había nacido, y de haber nacido, muy probablemente no estaría ahora mismo en una fiesta *Erasmus*. La chanza de aquella barbarie se extendió hasta bien entrada la tarde, y al ver yo que ningún europeo del este se batía en retirada, tuve que recular a la biblioteca más cercana. No tenía ni la menor idea de donde pudiera estar dicho edificio, mitológico para algunos y desconocido para mí por aquel entonces. El bueno de Jodorsky quiso acompañarme e indicarme el camino, pero rehusé de sus servicios cuando lo vi varado a la ribera del retrete, expulsando la metralla provocada en *Stalingrado*.

Perdido, desorientado y hambriento vagué por las calles de Córdoba en busca del Santo Grial convertido en biblioteca que me sirviera de refugio para mi estudio. A eso de las diez de la noche encontré la puerta de entrada. Majestuosas letras adornaban aquellos portones de madera antigua: «*BIBLIOTECA*», junto a un cartel que me indicaba que sobre las nueve de la noche los bibliotecarios ya habían abandonado el lugar. Volví corriendo a casa por si, dada la bendita casualidad, los europeos ya se habían replegado. Pero al doblar la esquina de mi calle pude ver —y sobre todo oír— como Jodorosky junto con otros camaradas bombardeaban la calle desde la ventana del salón con sendos obuses de orín. Mientras me alejaba del lugar, abochornado por la escena, un furgón de la Policía Nacional se dirigía en dirección contraria a la mía y, al poco, unos disparos restallaron por toda la calle. Nada más volví a saber de Jodorosky.

Desolado por el examen del día siguiente, acudí al *Long Rock* pensando que algo de buena música me aliviaría y ocuparía en mi cabeza el lugar que deberían ocupar los útiles primitivos para la siembra. Después de golpear mi intelecto a golpe de vasos vacíos y baladas melancólicas durante horas, regresé de nuevo hasta mi piso, siendo ya la madrugada del *Día D*. Al abrir la puerta de casa, solo quedaban los vestigios de una guerra entre inocentes jóvenes europeos.

Cuando llegué a mi habitación para poner punto y final a aquella noche en vísperas del examen final, un desorientado individuo en ropa interior había ocupado mi cama.

Quizás aquel usurpador de alcobas fuera la más última señal para que no decayera en mis intentos por el estudio hasta la salida del sol. Como tal me lo tomé, y los ronquidos de mi acompañante, al que no quise despertar, me mantenían en alerta y me impedían dormir, desterrando toda somnolencia y pudiendo estudiar hasta la recogida de frutos en el Paleolítico.

El primer rayo de sol sobre las hojas paleolíticas me indicaba que el final estaba cerca. Cerré el libro y acudí a la ducha en busca de la serenidad que no tuve el día anterior. Dejé al roncadador roncando e hice una huida hacia delante hasta el examen. Frente al aula, respiré hondo y besé mi bolígrafo azul, aquel que siempre me había acompañado en todos los exámenes de la carrera, un amigo que nunca falla, y que con sus últimos trazos estaba seguro del *paleobotánico* aprobado.

Sentado en la mesa donde recibiría mi correctivo, miré a ambos lados y las caras que allí vi no las tenía por conocidas, ni siquiera me resultaba haberlas visto en las clases de Paleobotánica. Repartidos los exámenes entre todos los presentes, el profesor dio orden inequívoca de darle la vuelta a los mismos y comenzar la escaramuza. Poco atónito quedé al leer la cabecera de la página, cuyo título rezaba «*Europa S.XX: La batalla de Stalingrado*». Lejos de que aquel contratiempo menguara mi gallardía ante un papel, el espíritu de Jodorosky se apoderó de mi bolígrafo azul y juntos comenzamos a rellenar hoja tras hoja, una derrota tras derrota hasta la gran victoria final.

A los días me enteré que el examen de Paleobotánica había sido la semana anterior, pero poco o nada me preocupé porque sobre aquellas hojas me encargué personalmente de honrar la memoria del joven Jodorosky, la cual quedaría plasmada por los siglos de los siglos.

*Amén.*